

Clifford D. Simak



**EXTRANJEROS
EN EL
UNIVERSO**

Recopilación de varios relatos y una novela corta del escritor de ciencia ficción Clifford D. Simak.

El teatro de los espectros

I

Bayard Lodge, el jefe del Equipo Biológico número 3, permanecía sentado en el salón de su despacho, mirando fijamente a Kent Forrester, el psicólogo del equipo.

—La Función debe continuar —dijo Forrester—. No puedo tomar la responsabilidad por lo que ocurriría si la interrumpiéramos, aunque sólo fuera por una noche o dos. Es algo que nos mantiene unidos a todos. Es algo así como el cemento de unión, el aglutinante que nos conserva en sano juicio y nos preserva el sentido del humor. Y que además nos proporciona algo en qué pensar.

—Sí, ya sé —repuso Lodge—, pero con Henry muerto...

—Lo comprenderán —prometió Forrester—. Hablaré con ellos. Sé que lo comprenderán.

—Sí, espero que lo harán —convino Lodge—. Todos nosotros reconocemos la absoluta necesidad de la Función. Pero hay algo más. Uno de aquellos personajes era el de Henry.

Forrester asintió con la cabeza.

—También he estado pensando en eso...

—¿Y sabes cuál es?

Forrester sacudió la cabeza negativamente.

—Pensé que podrías saberlo —comentó Lodge—. Has estado constantemente obligando a tu cerebro a descubrirlo, a localizar a tal personaje con alguno de nosotros...

Forrester hizo una vaga mueca.

—No tengo nada que reprocharte —continuó Lodge—. Sé por qué estuviste haciéndolo.

—Eso sería una ayuda —admitió Forrester—. Me proporcionaría la clave de cada una de las personas que nos hallamos aquí. Así podría considerar a cualquier personaje que se vuelve ilógico...

—Todos son ilógicos —dijo Lodge—. En eso consiste su belleza.

—Pero lo ilógico se aproxima a lo verdadero en cierta pauta bufonesca —remarcó Forrester—. Puedes utilizar esa bufonesca situación y establecer con ella una norma, un tipo.

—¿Lo has hecho tú?

—No como diagrama —repuso Forrester—, pero lo tengo mentalmente en preparación. Cuando lo ilógico se desvía, no es demasiado difícil localizarlo.

—¿Y se están desviando?

Forrester hizo un gesto afirmativo.

—Muy marcadamente a veces. El problema que tenemos... la forma en que piensan...

—Llámale actitud —sugirió Lodge.

Por un instante los dos hombres permanecieron silenciosos. Seguidamente, Forrester preguntó:

—¿Te importa si pregunto por qué insistes en que eso sea una actitud?

—Porque creo que lo es —repuso Lodge—. Es una actitud condicionada por la vida que llevamos aquí. Una actitud, consecuencia de pensar demasiado, de una investigación excesiva del alma humana. Es algo emocional, casi una cuestión religiosa.

»Hay poco de intelectual en ello. Nos hallamos encerrados demasiado apretadamente. Nos mantenemos en excesiva proximidad los unos de los otros. La importancia de nuestro trabajo resalta demasiado. Nos hallamos, pues, fuera del normal equilibrio constantemente. ¿Cómo podemos

ser normalmente humanos cuando llevamos una vida anormal?

—Es una terrible responsabilidad —repuso Forrester—. Se encaran día a día con sus propias vidas.

—La responsabilidad no es de ellos.

—Sólo si convienes en que lo individual cuenta menos que la raza en conjunto. Existen, como sabes, implicaciones raciales definidas en este proyecto, implicaciones que pueden convertirse en algo terriblemente personal. Imagina lo que es hacer...

—Sí, ya sé —interrumpió impaciente Lodge—. Lo he oído de cada uno de ellos. Imaginar lo que es hacer un ser humano que no sea a imagen de nuestra propia humanidad.

—Y que con todo sería humano —dijo Forrester—. Ésa es la cuestión, Bayard. No se trata de que pudiéramos fabricar la vida, sino de que fuese vida humana encerrada en una forma monstruosa. Y que despertaras gritando, tras haber soñado con esos monstruos. Un monstruo por sí mismo no tiene nada de malo en absoluto, de no ser más que un monstruo. Tras siglos de haber viajado por las estrellas, estamos acostumbrados a los monstruos.

—Volvamos a la Función —interrumpió Lodge.

—Bien, hemos de seguir adelante —convino Forrester.

—Habrá un personaje de menos —le advirtió Lodge—. Ya sabes lo que podría suceder. Podría echarlo todo a perder, trastornar el equilibrio, reducirlo todo a una enorme confusión. Y eso podría ser peor que mantener la Función. ¿Por qué no esperamos unos cuantos días y comenzamos de nuevo? Con una nueva Función, con un nuevo conjunto de personajes.

—No podemos hacer eso —dijo Forrester—, porque cada uno de nosotros se ha identificado a sí mismo con cierto personaje. Tal personaje ha llegado a ser una parte, un trozo de su misma personalidad para cada uno de nosotros. Estamos viviendo unas vidas de doble significación, Bayard.

Somos personalidades escindidas. Tenemos que serlo para vivir aquí. Tenemos que hacerlo así porque ninguno de nosotros podría soportar su propio ser solitario.

—Tratas de decir que necesitamos continuar la Función como un seguro de salud mental, ¿verdad?

—Pues sí, algo parecido. Aunque no tenga el alcance sombrío que tú has comentado. En circunstancias corrientes, no habría problema con suprimirlo. Pero estas circunstancias no son normales ni corrientes. Cada uno de nosotros está alimentando constantemente un complejo de culpabilidad de una horrenda magnitud. La Función es una válvula de escape emocional, una evasión tensional. Nos proporciona algo sobre lo que poder hablar. Nos preserva de noches enteras de rumiar íntimamente esa idea de culpabilidad. Nos proporciona lo ridículo en nuestras vidas. Es como nuestra ración diaria de lo cómico, algo para reír o para soltar la carcajada.

Lodge se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Sigo creyendo que es una actitud —dijo finalmente—. Es una actitud tonta, una actitud de locura. No creo que haya razón para sentir ese complejo de culpabilidad. Pero ellos la incuban como si fuera la única cosa que les conservase humanos, como la última identificación que les retiene unidos a distancia con el género humano. Vienen a mí hablando de todo eso... como si yo pudiese hacer algo acerca del particular. Como si yo pudiera lavarme de pronto las manos y dijera: «Bien, de acuerdo, dejémoslo estar». Como si no hubiese un trabajo que realizar. Me dicen que estamos tratando de adquirir un poder divino en nuestras manos, que la vida sólo se produce por cierta forma de intervención sobrenatural, que es blasfemo y sacrílego para simples hombres como nosotros tratar de repetir tal proeza. Y hay una respuesta para eso, una respuesta lógica; pero no quieren apreciar tal lógica o no quieren escucharla. ¿Puede el hombre hacer algo divino? Si la vida es divina, entonces el

hombre no puede crearla en sus laboratorios, no importa lo que haga, no es posible que pueda conseguir elaborarla masivamente. Si el hombre puede crear la vida con sus recursos químicos y científicos, con su conocimiento, si puede hacer una célula viva en virtud de su técnica y de su conocimiento, entonces probará que la intervención divina fue innecesaria para la génesis de la vida. Y si tenemos tal prueba, si conocemos que una instrumentalidad divina es innecesaria para la creación de la vida, ¿no sería tal prueba y semejante hecho la supresión de la divinidad?

—Están buscando una evasión —dijo Forrester tratando de calmar la excitación de su amigo—. Alguno entre ellos puede que crean lo que dicen; pero hay otros que sólo sienten sencillamente miedo de su responsabilidad, una responsabilidad moral. Empiezan pensando cómo se podría vivir después con algo así por el resto de sus vidas. Tienes la misma situación que se produjo hace mil años atrás, cuando el hombre descubrió la fisión del átomo. Lo hicieron y temblaron de miedo ante la realidad. No pudieron conciliar el sueño. Se despertaban angustiados. Ellos sabían lo que estaban haciendo, conocían el terrible poder que quedaba desatado para el futuro. Por la misma razón, nosotros también sabemos ahora lo que estamos haciendo.

Lodge volvió a su sillón y se sentó de nuevo.

—Déjame pensar en todo esto, Kent —dijo, preocupado—. Puede que tengas razón. No lo sé. Hay tantas cosas que no sé...

—Volveré más tarde —concluyó Forrester.

Y salió, cerrando la puerta suavemente.

II

La Función consistía en una representación sin fin de una ópera de carácter lisonjero, denominada «El viejo pajar

rojo», que se extendía a los límites más insólitos de lo ridículo. Tenía un cierto retoque del «Mago de Oz» y una determinada pincelada de extraterrestre y fantástica, y continuaba una y otra sesión, sin ningún final previsto de antemano.

Cuando se coloca a un grupo de hombres sobre un asteroide rodeándoles de una patrulla del espacio, cuando se les conduce a sus laboratorios y se les señala el problema que tienen que resolver, cuando se les mantiene día tras día en una sucesión sin fin de jornadas de investigación en un espacio tan cerrado, es absolutamente necesario hacer algo para preservarles en buen estado mental.

A tal fin disponían de libros, música, juegos de todas clases, bailes por las tardes y, en fin, todos los entretenimientos que de una forma clásica la raza humana ha evaluado y usado durante milenios para olvidar sus preocupaciones y sus íntimos problemas. Pero llega un momento en que todas las diversiones fallan para servir a tal propósito, cuando dejan de ser suficientes.

Y entonces es preciso ir a la busca de algo nuevo y distinto, algo por lo demás que sea básico, en lo cual cada elemento del grupo aislado pueda participar, algo, en fin, en que todos puedan establecer una íntima personalidad a la que abandonarse, olvidando durante un cierto tiempo quiénes son en realidad y cuál es el propósito que allá les retiene.

Y aquello es lo que dio lugar a la Función. En tiempos muy remotos, muchísimos años antes, en las tranquilas casas de campo de la vieja Europa o entre los pioneros de Norteamérica, un padre se las arreglaba para proveer a sus chicos durante la noche de un entretenimiento mediante las sombras chinescas. Le bastaba colocar un quinqué o una vela sobre la mesa, frente a una pared desnuda, y situándose entre la luz y la pared, usaba sus propias manos para formar con ellas la imagen de un conejo o la de un elefante que se proyectaba en sombras, o bien un caballo,

un hombre, un oso y muchas otras cosas. Durante una o dos horas, las sombras chinescas desfilaban por la desnuda pared, una tras otra, con el conejo moviendo las orejas y el hocico, el elefante moviendo perezosamente el tronco y sus grandes colmillos, o el lobo aullando desde un altozano. Los chicos permanecían quietos y como hechizados, ya que tales cosas les parecían maravillosas.

Más tarde, con el advenimiento del cine y la televisión, los periódicos infantiles, las revistas cómicas y los juguetes de mil formas en plástico y a tan bajo precio, las sombras chinescas dejaron de ser maravillosas y cayeron en el más absoluto olvido.

Así, pues, si se tomaban las sombras chinescas y se le añadían mil años de conocimiento y progreso científico, he aquí que se tenía la Función. Si el ya hacía tiempo olvidado genio que inventó la Función hubo conocido o sabido en qué consistían las sombras chinescas de sus antepasados, es cosa que no se sabía muy bien. Pero el principio estaba allí presente, aunque el aspecto y el conjunto fuesen diferentes, ya que en vez de usar las manos, se hacía uso de la mente, y se pensaba en lugar de utilizar las manos. Y en lugar de conejos o elefantes que apareciesen en una forma unidimensional en blanco y negro, en la Función los personajes eran tan variados como la mente humana podía concebirlos —ya que el cerebro es infinitamente más fácil de manejar que las manos— y, por tanto, además, tales apariciones se llevaban a cabo en un aspecto tridimensional y a todo color.

La pantalla era un triunfo de la ingeniería electrónica, con sus bancos de memoria, sus colecciones de tubos sónicos, selectores cromáticos, antenas espaciales y multitud de otros dispositivos; pero eran fundamentalmente las mentes del auditorio quienes hacían la representación, supliendo el material preciso para la Función sobre la pantalla. Era el auditorio, pues, quien concebía los personajes, quien les hacía seguir adelante en sus actuaciones, los diálogos y argu-

mentos en que tenían que expresarse. Era, pues, la voluntad combinada del auditorio la que hacía fluir en mil variados matices la fantástica y continuada representación. Al principio, la Función había sido algo poco trascendente, sin consistencia, con personajes a medio definir, representando a los más disparatados propósitos sin personalidad determinada, algo más que un desfile de actuaciones deshilvanadas, sin trabazón, sobre el enorme escenario. Eran la consecuencia de locas fantasías y producto de muchas mentes en constante evasión.

A veces solían aparecer tres lunas en el cielo simultáneamente, cada una en diferente fase. Otras, la nieve caía sobre un extremo del escenario, mientras que en el opuesto un sol cegador brillaba sobre un paisaje de palmeras y una lujuriantes vegetación tropical.

Pero, con el tiempo, la Función fue desarrollándose y adquiriendo una línea de consistencia. Los personajes fueron adquiriendo talla y categoría, ganando su personalidad y definiéndose como auténticos seres vivientes. El ambiente llegó a ser el resultado de un esfuerzo combinado para lograr una efectiva vivencia humana inteligente, más bien que nueve diferentes personas que trataban desesperadamente de ir rellenando los huecos en blanco de sus mentes. Con el tiempo, además, la dirección y la finalidad de propósito había logrado que la acción fluyese suave y continuada. Y en ello residía su fascinación. Se introducían nuevas situaciones continuamente por uno u otro personaje, con el resultado de que los creadores humanos de los otros personajes tuviesen que encararse con la necesidad de nuevas acciones y nuevos propósitos para resolver las cambiantes situaciones a que ello daba lugar.

En cierto sentido, llegó a convertirse en la contienda de un grupo de voluntades, en la que cada participante buscaba ventajas para su personaje, o también se veía forzado a encontrar la oportuna retirada para escapar al fracaso. Llegó, en consecuencia, después de cierto tiempo, a conver-

tirse en una partida de ajedrez sin término fijo, en la que cada jugador sentía la incitación por sí mismo de luchar contra los otros ocho restantes.

Por supuesto, ninguno conocía a quién pertenecía cualquiera de los personajes. Fuera de aquella creciente y vívida partida de juego llena de esperanzas y de toda clase de bromas e ingeniosidades, ningún otro alcance tenía la Función, y en ello residía su objetivo: liberar las mentes de los jugadores de su trabajo diario y de sus preocupaciones.

Cada noche, tras la cena, los nueve se congregaban en el teatro y la pantalla se iluminaba llena de vida con sus nueve personajes representando cada uno la parte que le correspondía y expresando sus puntos de vista y dando rienda suelta a su imaginación. Allí estaban el Huérfano Desamparado, el Villano Bigotudo, el Joven Correcto, la Ramera Guapa, el Monstruo Extraterrestre y los demás. Nueve personajes, nueve entre hombres y mujeres, nueve de entre ellos.

Pero ahora habría solamente ocho, ya que Henry Griffith había muerto derrumbado súbitamente contra su mesa de trabajo con su cuaderno de notas al alcance de la mano.

Y la Función debería continuar a falta de un personaje de menos, el personaje que había sido controlado y motivado por el hombre que acababa de morir.

Lodge trató de imaginar qué personaje sería el perdido. No debía ser el Huérfano Desamparado ciertamente, ya que no iba en absoluto con Henry Griffith. Pero muy bien pudiera ser el Joven Correcto, o bien el Filósofo Desharrapado, o tal vez el Rústico Bribón. «Pero no —se dijo Lodge a sí mismo—, no podía ser el Rústico Bribón. El Rústico Bribón era él mismo».

Tomó asiento especulando a quién pertenecía el personaje perdido. Tomó como idea la de que la Ramera Guapa podría pertenecer a Sue Lawrence y recordó que le había gastado bromas a la chica sobre el particular, por lo que ella se hubo mostrado muy fría con él desde hacía varios

días antes. Forrester había aconsejado que la Función continuara, y seguramente tenía razón. Ellos podían encajarse nuevamente, y seguramente que lo harían sin esfuerzo, tras haber participado en la Función noche tras noche durante muchos meses. Era una cuestión bufonesca, sin duda, ya que no conducía a ninguna parte y sus cambiantes aspectos seguían, en el momento más inesperado, la dirección más insólita. «Con tal clase de representaciones, por tanto —pensó Lodge—, la desaparición de uno de los personajes no arruinaría el mecanismo ni la finalidad fundamental de la Función».

Se levantó de su sillón y se dirigió hacia el amplio ventanal de su departamento. Allí permaneció mirando el fantástico panorama que se extendía ante sus ojos en la indescriptible soledad del asteroide en que vivían. Las curvadas bóvedas del Centro de Investigación descendían gradualmente a sus pies, brillando a la luz de las estrellas contra la negrura de la peñascosa superficie. Sobre el dentado horizonte norte del asteroide aparecía el rubor de una tenue luz que dentro de poco tiempo se convertiría en la aurora de un nuevo día, para dejar paso a un Sol débil, del tamaño de un reloj, que trazaría en el cielo su singladura cósmica dejándoles al paso su luz macilenta sobre aquel trozo de roca perdido en el espacio. Observaba el suave rojo del horizonte, recordándole la madre Tierra, donde la aurora es la mañana de un día y el crepúsculo marca el comienzo de la noche. Allí, tal concepción carecía de sentido, ya que los días y las noches eran tan cortos y erráticos que de nada servían para dividir y calcular su tiempo vital. Allí, la mañana llegaba a cierta hora y la tarde a otra, sin tener nada que ver con la posición del Sol, y cualquiera podía dormir su «noche» aunque la estrella que les servía de tal estuviese en pleno cielo.

«Todo habría sido diferente —pensó Lodge— de haber podido permanecer en la Tierra, ya que allí sería normal el tener formales contactos con los seres humanos». No ha-

bría quedado tanto tiempo para pensar demasiado en ideas extrañas y se desvanecerían fácilmente los sentimientos de culpabilidad, buscando al próximo contacto y el refugio de otras personas. Pero los contactos normales con humanos habrían significado el comienzo de rumores, y éstos, a su vez, inevitablemente serían el principio de peligrosas delaciones del secreto de aquellos trabajos. En un asunto como aquél, no había sitio posible para ninguna delación ni escape, ya que si las gentes de la Tierra supieran lo que estaban haciendo o, más exactamente, lo que trataban de hacer, surgiría un alboroto que llevaría como consecuencia la destrucción del proyecto.

Incluso allí mismo ya había aquellos que tenían sus dudas y sus temores. Un ser humano tiene que andar sobre sus dos piernas y tener dos brazos, un par de ojos y una nariz y una boca y cabellos en la cabeza. Y tiene necesidad de marchar en posición bípeda y no desplazarse a saltos o arrastrarse como un ofidio. Una perversión de la forma humana, decían, una pérdida de la dignidad humana, un ir demasiado lejos, mucho más allá de lo que el hombre, con toda su arrogancia, había jamás pensado en ir.

En la puerta sonó una llamada. Lodge se volvió.

—Adelante.

Era la doctora Susan Lawrence. Permaneció de pie en el umbral con su imponente figura regordeta y desaliñada, mostrando en su rostro huesudo y anguloso una impronta de testarudez y de firme voluntad en sus propósitos. No vio a Lodge durante unos segundos, tratando de buscarle dentro del interior sombrío de la estancia.

—Estoy aquí, Sue —le advirtió.

Ella cerró la puerta y cruzó la habitación, aproximándose a Lodge y mirando igualmente al exterior por la misma ventana. Habló finalmente:

—No había nada anormal en él, Bayard. Nada orgánicamente anormal. Me gustaría saber...

Sue permaneció silenciosa, rígida e inmóvil, y Lodge pudo sentir prácticamente la frialdad de sus pensamientos.

—Es terrible pensar —dijo— que mueren y una sabe lo que les ha matado. No sería tanta lástima de haber tenido alguna oportunidad para luchar y salvarlos. Pero esto es diferente. Se ha derrumbado, sencillamente. Estaba muerto antes de caer sobre su mesa de trabajo.

—¿Le has examinado?

La doctora afirmó con un gesto de la cabeza.

—Sí, le puse en los analizadores. Conseguí tres registros. Lo comprobé todo absolutamente... demasiado tarde. Pero puedo jurar que no había en él nada fuera de lo normal. —Y avanzando una mano la puso sobre el brazo de Lodge, apretándolo con sus potentes dedos—. No deseaba vivir —continuó Sue—, tenía miedo de vivir. Pensó que se hallaba muy cerca de hallar algo y sintió un terror incoercible de descubrirlo.

—Tenemos que encontrarlo, Sue.

—¿Para qué? —preguntó ella—. Así llegaremos a moldear seres humanos para que vivan en planetas, donde en su presente forma no tendrían la menor oportunidad de hacerlo. De esta forma, tomaremos una mente humana y un espíritu y lo encerraremos dentro de un monstruo, un monstruo que se odiaría a sí mismo...

—No tendría que odiarse —repuso Lodge—. Estás pensando en términos antropomórficos. Una cosa no es nunca fea para sí misma porque se conozca. ¿Tenemos alguna prueba de que un hombre bípedo es de algún modo más feliz que un insecto o que un sapo?

—Pero ¿por qué? —insistió ella—. No tenemos necesidad de esos planetas. Tenemos muchos más de los que podamos colonizar. Suficientes, iguales que la Tierra, que subsistirán durante incontables siglos. Ya podríamos considerarnos afortunados si pudiéramos colonizarlos todos, permitirles que se desarrollen en los próximos quinientos años...

—No se puede actuar así —dijo Lodge—. Es preciso tener a la mano su control mientras podamos. Todo iba bien mientras permanecíamos en la Tierra, pero tal situación ya no existe. Salimos rumbo a las estrellas. En cualquier parte del Universo existen otras inteligencias. Tienen que existir. Eventualmente las encontraremos. Hemos de permanecer en una posición dominante.

—Y conseguir dentro de tal posición fuerte y dominadora insertar colonias de monstruos humanos. Sí, ya sé, Bayard... es una idea inteligente. Podemos diseñar sus cuerpos, su carne y sus músculos, los órganos de comunicación, diseñarlo y concebirlo todo para existir sobre un planeta donde un ser humano normal no podría permanecer ni vivir un solo minuto. Somos inteligentes, de acuerdo, y muy buenos técnicos; pero no podemos insuflar la vida en ellos. La vida es algo más que las combinaciones coloidales de determinados elementos. Hay algo más, y no debemos olvidarlo.

—Trataremos de conseguirlo —persistió Lodge.

—Estás conduciendo a unos maravillosos técnicos a la locura —advirtió Sue—. Matarás a algunos de ellos, no con tus propias manos, sino con tu insistencia. Podrás mantenerlos encerrados y controlados durante años y les proporcionarás esa Función para que soporten esta vida... pero no hallarás la Vida, porque la Vida no es el secreto del hombre.

—¿Quieres que hagamos una apuesta? —repuso él, riendo ante la furia de su interlocutora.

Ella se volvió hasta encararse con Lodge.

—Hay veces en que lamento el juramento prestado. Un poco de cianuro y...

Lodge la tomó por el brazo y se dirigió hacia su mesa de trabajo.

—Tomemos un trago —dijo—. Podrás matarme más tarde...